

hasta las faldas de los montes, y sobre el camino los tamarindos y el palo negro, de oscuro follaje, ó bien algun alto cocotero, con el tronco desnudo y con su corona de verdes frutos y un ramillete de palmas que agita la brisa.

El paisaje cambia de aspecto al entrar en el canton de San Leu. La tierra es montañosa; y arenales estériles, piezas aun no descuajadas, suceden poco á poco á las verdes campiñas de San Luis. Cerca de la orilla del mar, se ven los hornos de cal, donde se calcina el coral de la costa. El humo blanco y espeso que allí se eleva apenas deja ver las casas.

Al aproximarse á la ciudad vuelve el paisaje á ser alegre; pero San Leu no se ofrece ya al viajero con aspecto de fiesta como en otro tiempo. Muchas casas, entonces espléndidas, están hoy destrozadas y vacias de habitantes. Mas de una galería, en algun tiempo animada por alegres risas, llora á sus huéspedes desaparecidos y ve arruinarse sus columnas. Antes de cultivarse la caña, San Leu era el cuartel mas rico, despues del de San Dionisio. Cultivaban allí el algodon con buen resultado, y su café era el mas afamado de la isla. Conserva todavía su antigua reputacion, y aun hoy todo el mundo quiere tener *San Leu*. Nadie quiere oír hablar de los cafés de San Benito, Santa Susana ó San Pedro; y sin embargo, no son de peor calidad. Lo mismo acontece en Francia. El *Martinica* y el *Borbon*, que ya se han hecho muy raros, son los únicos que se admiten en nuestras mesas (á veces solo tienen el nombre); y ni el *Javá* ni el *Río*, y otros muchos que inundan todos los mercados conservan su nombre en la tienda. No puede menos de ser asi: el comprador examina ante todo el rótulo, y quiere absolutamente que se le engañe.

Desde San Leu á San Pablo atraviesa el camino una serie de torrentes de pintoresca aspereza, sembrados de grupos de bambúes, y se eleva en cuesta bastante rápida en la falda de las colinas que cierran esta parte de la costa. La mayor parte de los prados se prolongan hasta el mar y aun no están descuajados. La aldeita de San Gil, escondida á la entrada de un profundo barranco en la costa, vive solo de la pesca. En verano se toman allí baños de mar, sin temor á los tiburones. El campo en aquellos sitios recuerda los arenales de la Gascuña ó las peladas colinas de Morvan. De vez en cuando, se encuentra un malgache, pastor de bueyes. Estos animales éticos, fatigados aun por su viaje, están perezosamente tendidos en el suelo ó paciendo una yerbecita raquítica y mustia; y entre tanto, el indolente pastor canta una cancion de su pais.

Mirando al mar pensaba en su gran isla.

Otras veces, se ve á la entrada, en un campo de cañas, un guarda cafre ó mozambique, con un an-

drajo atado por la cintura y lanza en mano. Tal es el aspecto y tales son las armas del guarda de campo colonial. En el camino, algunos negros descalzos dirigiéndose á San Gil ó á San Leu, marchan pausadamente seguidos de sus mujeres, las cuales aun encuentran medio de rezagarse. Alguna vez pasa el rico carruaje de un plantador ó un *habitante* á caballo, galopando á lo largo del camino, seguido de su criado malabar, que echa los bofes corriendo á pie, agarrado á la cola de la cabalgadura de su amo.

A la bajada de un camino tan animado, pronto se descubre á San Pablo, cuyas casas se distinguen apenas entre los árboles. Adelántase en el mar un magnifico puente de desembarco, cual no le hay en San Dionisio, y á la orilla del agua está el mástil de las señales.

El hermoso paseo de la alameda, el tranquilo estanque, los grandes campos de caña, las huertas plantadas de verdes legumbres, las largas calles de filaos, ofrecen un punto de vista variado en este paisaje encantador.

En la bahía, siempre tersa y tranquila, se ven algunos buques; y la punta de Galets al Norte, y el cabo de la Houssaye al Sur, parece como que se meten en el mar para proteger aquella rada querida de los marineros. En el llano y en las alturas hay algunos ingenios, y mas lejos se ve el Quemado de San Pablo, árida meseta, trabajada en otro tiempo por fuegos volcánicos.

Visité en San Pablo algunos buenos amigos, y tomé el camino de la Posesion.

El fiel Desiré me esperaba en la playa con sus marineros de férreos brazos; y tendiéndome en una hermosa noche sobre los bancos de la chalupa, me dejé mecer por las olas. Algunas horas despues desembarcaba en San Dionisio.

En estas escursiones llegó el fin de junio. Antes de regresar á Europa en el vapor de julio, queria ir á Mauricio.

Dejé, pues, no sin sentimiento la capital de Borbon, y me embarqué en vapor con destino á Puerto-Luis.

Costeamos por largo tiempo las risueñas playas de la isla francesa, teniendo á la vista la ciudad de San Dionisio, sus blancas casas, sus ricas campiñas y sus escarpados montes. Despues fueron apareciendo sucesivamente los verdes jardines de Santa María, los bosques de filaos de Santa Susana, y su blanco faro elevando la cabeza entre árboles y bañándose los pies en el mar. A lo lejos se distinguian los sombríos collados de las Salacias y del Pico de las Nieves. En fin, saludamos las fértiles llanuras de Champ-Borne, último adios que envia la isla de Borbon á los que la dejan, y el saludo de bien venida con que acoge á los que van á visitarla.—L. SIMONIN.

AVENTURAS Y DESGRACIAS DE LA SEÑORA LIBARONA EN EL GRAN CHACO

(AMERICA MERIDIONAL.)

1840-1841.

Las dolorosas escenas que van á leerse, tuvieron lugar hace veinte y cinco años en una region de la América meridional, rara vez visitada por los viajeros europeos. Escusaremos aquí la pesadez de una descripcion geográfica, bastándonos algunos detalles acerca de la autora.

Doña Agustina Palacio de Libarona, nació en 1822, en San Miguel de Tucuman, capital de una de las provincias de la República Argentina. Su padre, don Santiago, noble de Vizcaya, era hijo del último gobernador de Santa Fé. Bien nacida, bella, rica, árbitra de elegir esposo entre numerosos pretendientes, dió la preferencia al jóven don José de Libarona.

En 1840, despues de dos años de matrimonio y madre ya de dos niñas, Elisa y Lucinda, tuvo deseos de ver á sus padres que vivian á la sazón en Santiago del Estero, y su marido la condujo á esta ciudad con intencion de permanecer en ella poco tiempo; pero de repente estalló una insurreccion, y don José hubo de comprometerse, á pesar suyo, en una manifestacion que causó su desgracia.

Rosas era el dictador de la República Argentina, dividida entonces en cuatro provincias, y don Felipe Ibarra, gobernador de la provincia de Santiago del Estero, antiguo partidario, que hizo en otro tiempo la guerra á los españoles en el alto Perú, y que vendió en 1820 al ilustre Belgrano, hombre sin educacion, violento y cruel, hacia pesar desde treinta años atrás el mas odioso despotismo en el pais sometido á su mando. En 1840 una parte del ejército se levantó contra él conducido por un oficial llamado don Santiago Herrera. Ibarra empeñó la fuga, y creyendo los notables que habia acabado su mando, se reunieron para nombrar sucesor, y obligaron á don José Libarona á firmar el acta, bien que él se resistiera alegando con razon que no estaba domiciliado en la ciudad. Algunos dias despues volvió Ibarra triunfante, y su primer cuidado fue prender á todos los firmantes del acta.

De este punto parte la interesante narracion de doña Agustina, á quien desde luego cedemos la palabra.

I.

.....«Los soldados espedidos en busca de mi esposo avanzaron hácia nuestra casa disparando sus armas

contra nuestras puertas y ventanas. Mi marido estaba en el campo. Las detonaciones de los fusiles, el ruido de las puertas cayendo rotas y los gritos de los soldados, cuya feroz brutalidad me era bien conocida, me llenaron de terror, y desconcertada, bajé á una cisterna, donde permanecí oculta mas de media hora, temblando, no por mí, sino por mis dos hijas. No habia tenido, lo confieso, la precaucion de traerlas conmigo, y desde mi escondrijo oia con dolor sus tristes quejas, sin atreverme á ir por ellas (1).

Poco á poco fue cesando el ruido y entonces me decidí á salir con gran cautela. Los soldados se habian ido ya; pero un amigo nuestro vino á decirnos que uno de mis hermanos habia sido preso, amarrado como un criminal, y conducido fuera de la ciudad al campo de Ibarra. Apenas tuvimos tiempo para llorar con tan triste noticia, cuando otra vez se sintieron voces y amenazas: nuevos soldados invadian la casa. Tomé en brazos á mi Lucinda, á quien criaba á mis pechos, corrí á una azotea interior y confiando momentáneamente mi hija á una criada, salté á un muro inmediato de una vara y media de ancho. Desde allí estaba á mas de cinco varas del suelo, y á pesar de ello, procuré bajar á favor de las desigualdades del muro; pero sin fuerza, temblorosa, caí sobre un monton de leña. Levantéme toda magullada y grité con afán á la criada que me echara á la niña: era exponer la vida de la pobre criatura; pero yo no estaba en mi juicio. Gracias á Dios, la recibí sana y salva entre mis brazos y emprendí la fuga con ella al través de las calles. Mis vestidos estaban rotos, mis cabellos en desórden y mis hombros desnudos. Entré en la primera casa, cuya puerta encontré abierta y la encontré inhabitada. Al instante salí de ella, y corriendo al azar, llegué al convento de Santo Domingo. Sin poder pronunciar una palabra fuí á esconderme en el fondo de una sala, donde habia tendidos sobre una mesa cuatro cadáveres que debian ser enterrados al siguiente dia. Refugiada allí en un oscuro rincon, permanecí inmóvil, sobresaltada al menor ruido y llena de angustia por la suerte de mi Elisa, de mi marido, de toda mi familia. Alocurecer pude saber que mi hermana Isabel habia sido llevada al convento de las beatas de Belen. ¡Qué noche tan horrosa pasó!

(1) Agustina tenia entonces 18 años.

Por la mañana vinieron á decirme que muchos jefes de familia habian sido amarrados á los troncos de los árboles en una plaza pública, y que entre ellos

estaba mi hermano Santiago. Me dijeron tambien que mi marido habia logrado salvarse por la parte de Tucuman; algunos momentos despues supe estaba



Doña Agustina de Libarona.

en camino para ir á ocultarse en una estancia que nos pertenecia.

Mi pobre Lucinda tenia calentura: aquellos cuatro cadáveres que estaban tan cerca de nosotros, viciaban el aire que respirábamos. Yo envié á decir á mi ma-

dre que viniera á verme ó que me diera un consejo, y ella me hizo saber que mi marido habia sido preso.

En efecto, don José habia sido entregado por un miserable *vaqueano*, á quien habia tomado por guia creyéndolo honrado. En una parada que hicieron en



Victimas de Ibarra.

medio de un bosque, aquel hombre se separó de él, con pretexto de dar agua á los caballos, y luego corrió á denunciarlo á Ibarra.

Al instante envió Ibarra soldados á reconocer el bosque, y sorprendido al fin mi esposo, fue encadenado y conducido al campo de aquel. Despues lo ata-

ron á un poste cerca de la puerta de la quinta, al paso de todas las tropas de caballería, y allí estuvo espuesto á las burlas de la soez soldadesca.

Llorando yo á gritos salí del convento, en cuyo asilo dejé á mi pobre Lucinda. Encontré luego á una india que venia del campo y á quien abrumé á preguntas: la mujer confirmó todo lo que yo acababa de saber, y me dijo además que, después de haberle quitado á mi esposo cien pesos, el reloj, el calzado, casi todo el vestido, quisieron cortar un dedo, por haberse resistido á entregar una sortija de pelo mia. Y seguramente se lo hubieran cortado en presencia de mi hermano, á no entregar la sortija.

Exaltada por la indignación y el dolor, no pensando ya en mí, fui derecha al campo, donde ví desde luego todo lo que buscaba. Mi esposo, medio desnudo, atado á un palo, al ardor del sol con la cabeza descubierta y la cara llena de lodo. Cuando me vió, el pobre se deshizo en lágrimas que ni aun podían enjugar sus manos, amarradas fuertemente. Yo quise aproximarme á él, pero el centinela me rechazó: imploré la piedad de aquel hombre y aun le ofrecí dinero; mas todo fue en vano. Le supliqué que cubriera la cabeza de mi esposo con mi pañuelo del cuello, y no accedió tampoco. Aun insistí rogándole me permitiera ponerme delante de mi amado para darle siquiera sombra con mi cuerpo, y el bárbaro me desoyó. Desesperada me lancé hácia mi esposo; pero ¡ay! aquel soldado impío, feroz, me derribó de un culatazo.

Mi esposo afligido é impotente para defenderme, se limitó á rogarme que me retirara con mi familia, y me retiré en efecto, pero fue para ir á la casa del ministro Ibarra, el doctor Gallo. Entré por una puerta escusada y pregunté por este personaje. La criada me respondió que estaba durmiendo. Pero ¿qué me importaba á mí su sueño? Yo penetré en su aposento. Entonces salió á mi encuentro una criada del ministro y me dijo que se hallaba ausente. Yo continué en su busca abriendo las puertas de aquella casa en que había entrado por primera vez. Por fin encontré al ministro. Vengo á pedir á usted por toda gracia, le dije, que mande poner á mi esposo á la sombra. El ministro me respondió con embarazo, que se había ocultado de mí precisamente porque no tenía ningún poder. Usted conoce bien á Ibarra, añadió:

—¡Oh! sí: todos lo conocemos, por nuestro mal. No me quedaba mas recurso que levantar los ojos al cielo.

Mi familia se había refugiado en el convento de Belén. La portera me vió entrar en él con espanto. ¿Qué pasaba? La buena mujer me rogaba que me calmara. Y era que mi anciana madre, al ruido de una descarga por la parte de la Quinta, creyó que

habían fusilado á mi hermano Santiago y había perdido la razón. En aquel momento se hallaba menos perturbada, pero mi presencia podía ser causa de una nueva crisis y me resigné á no verla. Besé únicamente á mi Elisa y salí otra vez.

A los presos atados de pie en el campo se había dado en espectáculo uno de sus compañeros, el cual yacía en tierra envuelto, ó mas bien estrechamente encerrado en una piel de vaca muy dura, que le obligaba á doblarse como en dos mitades: sus huesos estaban quebrantados y su rostro inyectado, negro de sangre, y el infeliz se agitaba á todos lados dando gemidos lastimosos. Ibarra, que de vez en cuando iba á ver aquellas crueles torturas, comprendió que el movimiento de su víctima podía serle de algún alivio, y entonces hizo clavar en tierra dos hileras de estacas, ordenando luego colocar al desdichado en el estrecho intervalo que las separaba á fin de que le fuera imposible moverse. Solo diré el apellido de aquel infeliz: se llamaba Zulio.

Yo, por mí, andaba errante de la ciudad al campo y del campo á la ciudad para ver alternativamente á mis hijas y á mi esposo.

Una de estas veces llevé á mi esposo un sombrero, que los soldados quemaron al instante. Apenas se le daba un poco de alimento diario, y solo en este caso le soltaban una mano, en que ponían por cuchara una paleta de palo. Yo pude lograr que le llevaran una limonada en un jarro, refrigerio que pasó, porque los soldados creyeron que era agua.

II.

Hasta entonces el verdadero jefe de la insurrección había escapado á las pesquisas. Entonces fue preso y herido á sablazos. Cuando lo amarraban ordenó Ibarra que le apretaran bien el lazo sobre sus mismas heridas. Impusieronle el suplicio del *retobado*, con refinamientos de una crueldad inaudita. Dispusieron el cuero en redondo, obligaron á Herrera á sentarse en medio y después de ponerle la cabeza entre las piernas, cosieron el cuero estrechamente apretando el cuerpo, para lo cual se sentaban encima los soldados. Cuando la bola de cuero que contenía á Herrera fue así reducida al menor volumen posible, la ataron por medio de una larga cuerda á un fogoso caballo y fue arrastrada por las calles. ¿Quién sabe en qué momento exhaló Herrera el último suspiro?

Después de ocho días, Ibarra puso en libertad á algunos presos, entre otros á mi hermano Santiago, que no había tomado la menor parte en la insurrección. Los demás fueron conducidos á un campamento lejano.

La suerte de mi esposo me tenía en la mas dolorosa incertidumbre. Por fin, supe que había salido del

campamento atado á la grupa de un caballo con un llamado Unzaga, hombre de buena familia, que le era afecto. ¿A dónde se les había llevado? ¿A la muerte ó al destierro?

Después se dijo que mi esposo había pasado á Matara, pueblecillo situado en la orilla izquierda del río Salado, y de donde Ibarra era natural. Según otros rumores, el lugar fijado para destierro de don José era el *Bracho*, nombre que se pronunciaba con espanto, y me persuadí que la primera noticia que de mi esposo llegara, sería la de su muerte.

Un día, empero, llegó misteriosamente á manos de mi hermano Santiago un papel en que don José había mal trazado estas palabras: «No dejes venir á Agustina: envíame ropa, que estoy desnudo.» Inmediatamente la preparé, y á fuerza de dinero, persuadí á un hombre de confianza llevársela á mi esposo.

Este mensajero me dijo á su vuelta que don José estaba vivo; pero que muchas veces había ya rezado el acto de contrición, creyéndose en la hora de su muerte. De distancia en distancia le bajaban del caballo, lo mismo que á su compañero Unzaga; los ataban á los árboles y les decían que iban á morir degollados ó á lanzadas. Así lo había mandado Ibarra.

Cuando oí estas noticias, me encerré en mi aposento y rogué fervorosamente á Dios que me diera fuerza y resignación para soportar los sufrimientos que nos estaban reservados á mi esposo y á mí.

Yo quería partir: la vida, lejos de mi esposo me era insostenible. Un solo temor me contenía: caer en manos de los indios. Sin embargo, insistí rogando á mi hermano, á mi familia, que autorizaran mi partida, pero no pude conseguirlo.

Por entonces vino de Buenos-Aires un destacamento de tropas, y al instante fui á ver á su comandante, con objeto de interesarlo en mi desgracia, pero fue todo lo contrario. El jefe escribió á Ibarra diciéndole que si Libarona era culpable, era preciso fusilarlo. Y el monstruo aquel contestó que la muerte era castigo muy leve.

Procuré entonces buscar otras recomendaciones, únicamente para que mi esposo fuera desterrado á un punto menos espuesto á los ataques de los indios, con la esperanza de que consintiera entonces ir á su lado, á la que tenía el deber y la voluntad de no abandonarlo.

Uno de aquellos aciagos días se anunció la llegada del jefe supremo de la República, don Manuel Rosas. A pesar del horror que me inspiraba su nombre, solicité una audiencia y me fue concedida. Pero ya en su presencia, no pude articular palabra ni hacer otra cosa que llorar. Rosas preguntó:

—¿Por qué se lamenta una persona tan amable como usted?

Con esto me tranquilicé un poco y le referí mis

pesares. Entonces él me prometió hacer en mi favor cuanto pudiera, y que me haría saber desde el Tucumán lo que se resolviera entre Ibarra y él. Como yo le dijera que enviara un mensajero que me trajera la noticia, Rosas me contestó que era inútil me tomara este trabajo, pues nada le costaba enviarme un soldado con la respuesta. Pero ¡ay! aun estoy esperando esa respuesta.

De vuelta á mi habitación, me dolía tanto la cabeza que tuve que meterme en cama, donde permanecí tres días. En este tiempo me ocurrió la idea de que acaso quisiera Ibarra ver humillada mi altivez, y que no accedería á nada hasta que fuera yo á postrarme á sus pies. Esta idea era odiosa: sin embargo, la consulté con mi familia, la cual resolvió negativamente, asegurando que este peligroso paso no conduciría á nada bueno. Pero, ¿podía yo resignarme á no hacer nada por mi esposo? Salí, pues, de mi casa y me dirigí hácia la de Ibarra. ¡Oh! los pasos que se dan hácia el suplicio, no son mas dolorosos que los que daba yo entonces. Ibarra estaba en su puerta dispuesto á montar á caballo. Así que me vió, dijo con grosera rudeza. ¿Qué viene á hacer aquí esa mujer? Que se vaya ahora mismo. ¡Fuera de aquí! Y después de dirigirme otros apóstrofes, cuyo recuerdo me ruboriza todavía, añadió:

—Deja á ese gallego donde está, que no está mal. ¿Es que su ausencia no te deja á tí en libertad? ¿Qué diablos tienes tú que pedirme por él?

—¿Y cómo no he de venir á interceder por el amado de mi alma! dije yo deshecha en llanto.

Ibarra montó á caballo y yo dí un paso hácia él.

—¡Que la echen de aquí! gritó furiosamente el gobernador.

Y reestralló el látigo tan cerca de mí, que poco faltó para azotarme la cara.

Y partió.

Yo ¡pobre de mí! me retiré abatida, llevando en mi alma la dolorosa convicción de que no había nada que esperar mientras viviera aquel monstruo.

III.

Desde entonces ya solo tuve un pensamiento, una idea fija, un deseo único: ir á ver á mi esposo, á quien envié con este objeto muchos mensajeros. El Bracho me contestaba siempre, no es un lugar seguro para una mujer joven. Son temibles las tribus indias que recorren el país. Si cayeras en sus manos ¿cómo sufriría yo esta desgracia? Permanece ahí, amada mia, ¿no eres necesaria á nuestras dos pequeñas?

Estas razones eran sin duda prudentes y no me convenían, sin embargo: yo sentía dentro de mi alma el deber y la necesidad de arrostrar todos los peli-